

consonni

# Mithu Sanyal

---

## Identitti

TRADUCCIÓN  
Paula Aguiriano Aizpurua



«Nadie había llegado tan lejos en el estudio de la comedia tristísima y potencialmente trágica de la raza, el *blackfacing*, los estudios poscoloniales, las "guerras culturales", el *debunking*, la ficción de la identidad como algo establecido y vinculante. Mithu Sanyal es valiente, original, muy política y, a su vez, tremendamente graciosa y adictiva». —**Patricio Pron**

«Léelo. De verdad, léelo. Y si no vas a leer nada más este año, ¡lee este libro!».  
—**Gert Scobel, 3sat Buchzeit**

«En *Identitti*, hasta el título es rompedor. El texto de Mithu Sanyal también es osado e ingenioso a partes iguales. La autora, doctora en Estudios Culturales, sube las revoluciones de uno de los debates más importantes de nuestro tiempo: el complejo paisaje que se dibuja en el amplio territorio de la política identitaria». —**Claudia Kramatschek, Deutschlandfunk Lesart**

«Si quieres ampliar tus conocimientos y divertirme mucho en el proceso, lee un gran libro, lee *Identitti*». —**Der Spiegel**

«*Identitti* es una novela para todos aquellos a los que se les pregunta constantemente de dónde son, y para la que han tenido que esperar demasiado». —**Thomas Hummitzsch, Rolling Stone**

«Mithu Sanyal logra la hazaña [...] de ver las cosas de forma diferenciada pero sin que se diluyan. Aquellos que busquen en sus libros respuestas sencillas no las encontrarán. Sanyal se sumerge en la complejidad de los temas que trata y les hace justicia. Ya sea la historia cultural del órgano sexual femenino, la violación y su narrativa, o la identidad, no solo sabe transmitir distintas posturas sino también conectarlas. Es algo que debería valorarse en tiempos de debates acalorados que se alimentan de rabia, y que a menudo simplifican todo lo que no está claro. Ojalá se hable mucho de *Identitti*, ¡tiene un mérito espectacular!». —**Sophie Weigand, Buchkultur**

«Uno desearía que los debates sobre la identidad en la sección cultural de los periódicos se condujeran con la misma pasión y autocrítica que en *Identitti*». —**Andreas Busch, Tagesspiegel**

«Un debut provocador y complejo..., una historia vigorizante en la que Sanyal se niega a darnos una salida fácil. No esperen una demonización simplista de quienes se despojan de su blancura en favor de la melanina. . . Lo que hizo Saraswati, su llamado “travestismo racial”, está mal. Pero ¿por qué exactamente? La pregunta puede parecer absurda; muchos gritarían instintivamente: “¡Porque es así!”. Pero, para Sanyal, esa cuestión engendra otras preguntas, sobre inmigración, género, teoría, amor. Y no tiene intención de responder a esas preguntas por nosotros, sino que prefiere dejar a sus lectores con esa emoción universitaria de tener que descubrirlo por sí mismos». —**Olivia Craighead, *The New York Times***

«Cada página provoca al menos tres carcajadas. Porque Sanyal tiene un talento único para mostrar tanto las libertades del pensamiento radical como los límites del discurso. *Identitti* es uno de los libros más originales de esta primavera». —**Katharina Teusch, *Frankfurter Allgemeine Zeitung***

«La novela de Mithu Sanyal, *Identitti*, es tan refrescante como un sorbo de agua helada. La autora alemana ha dado con un buen número de palabras adecuadas para tratar el tema de la identidad. Por suerte, no solo ha usado las correctas». —**Jörg Scheller, *Neue Zürcher Zeitung***

«Rebosante de aguda inteligencia, humor irreverente y una voz divertidísima, *Identitti* se adentra en las espinosas intersecciones entre raza e identidad, autenticidad y pertenencia, alianzas y perjuicios en el ámbito de la justicia social. La perfecta mezcla que nos ofrece Sanyal entre teoría académica, entradas de blog, discursos de Twitter y voces reales ficcionadas amplía las posibilidades de lo que puede ser una novela, ofreciendo una jubilosa colaboración polifónica que captura nuestra realidad actual». —**Isha Karki, ganadora del Premio Dinesh Allirajah**

«Provocador..., sorprendentemente vivaz gracias a la habilidad de Sanyal para ridiculizar el mundo académico y las redes sociales y a su hábil entrelazamiento de la mitología hindú.... Una visión deliberadamente exagerada pero sensible de múltiples temas delicados». —**Kirkus Reviews**

**Identiti**

**Mithu Sanyal** nació en 1971 en Düsseldorf. Es investigadora cultural, escritora, periodista y crítica. Sus ensayos *Vulva* (Anagrama, 2012) y *Violación* (Reservoir Books, 2019), escritos originalmente en alemán, han sido traducidos a cinco y tres idiomas, respectivamente. *Identitti*, su primera novela, ha sido finalista del Premio Alemán del Libro y ha obtenido el premio Ruhr de Literatura y el Premio Ernst Bloch de 2021.



Autoría **Mithu Sanyal**  
Traducción **Paula Aguiriano Aizpurua**  
Corrección **Lidia Pelayo Alonso** y **Miguel Alpuente Civera**  
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**  
Imagen de cubierta **Petra Mattheis**  
Impresión **Imprenta Mundo**  
Printed in Spain

Edición **consonni**  
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D  
48003 Bilbao  
www.consonni.org

Primera edición en español:  
septiembre de 2023, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-14-8  
Depósito legal: BI 00871-2023

Edición original: *Identitti*, de Mithu Sanyal, publicado por Carl Hanser Verlag, 2021  
© 2021 Carl Hanser Verlag GmbH & Co. KG, München  
Derechos negociados a través de Ute Körner Literary Agent – [www.uklitag.com](http://www.uklitag.com)  
© de la traducción, Paula Aguiriano, 2023  
© de la imagen de cubierta, Petra Mattheis, Shark Week, 2015 (de la serie de impresiones «Become a Menstruator»), detalle  
© de esta edición, consonni ediciones, 2023

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.

La traducción de esta obra ha recibido una ayuda del Goethe-Institut.



**consonni** es una editorial interdependiente con un espacio cultural en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él. Escrito en minúscula y en constante mutación, consonni es una criatura andrógina y policéfala, con los feminismos y la escucha como súperpoderes. Nos la jugamos en las distancias cortas.

# Identitti

**Mithu Sanyal**

Traducción de Paula Aguiriano Aizpurua







# Índice

## PARTE I

FAKE BLUES 13

**Me and the Devil** 15

**Strange Fruit** 17

**Coconut Woman** 35

**Down on me** 55

**If I had a Hammer** 85

**Bang Bang Bang Bang** 109

## PARTE II

POSCOLONIALISMO POP 139

**Woman, Native, Other** 141

**Black Skin, White Masks** 147

**Orientalismo** 181

**The Location of Culture** 221

**Can the Subaltern Speak?** 265

**Decolonising the Mind** 317

## PARTE III

CODA 375

**The Academic formerly known as Saraswati** 377

## Epílogo

Voces reales e imaginadas 399

**La bibliografía de Saraswati** 405



A Dürga y Matti



**PARTE I**  
**FAKE BLUES**



# Me and the Devil

## IDENTITTI:

El blog de la Wonderwoman mestiza

Sobre mí:

La última vez que hablé con el diablo, estaba desnudo, visiblemente excitado, y era una mujer. A la mierda las certezas sociales: si ni siquiera puede una confiar en que el diablo sea un hombre, ya podemos despojarnos de cualquier forma de identidad como si de una camiseta vieja se tratara. Y lo haría encantada de no ser porque no tengo ninguna identidad que ponerme, ni mucho menos quitarme. Precisamente sobre eso trataba este y cualquier otro encuentro con mi diablo, mi *devil*, que es una *devi*: una diosa india con demasiados brazos y un collar hecho con las cabezas arrancadas a sus enemigos. Sí, estoy hablando de Kali. –Son todo demonios –dijo en el mismo tono de desprecio con el que mi



prima Priti diría «son todo hombres», y agitó el collar de tal manera que los dientes de sus oponentes despachados castañetearon. Lo cierto es que todas las cabezas tenían un aspecto sospechosamente masculino. Pero ella ya estaba a otra cosa:

–A ver quién eyacula más. La que llegue más lejos gana.

Señalé confusa su vulva peluda.

–¿Con eso cómo pretendes...?

–¡Ah! No creas que los hombres cis son los únicos que pueden –exclamó Kali con un gesto tan triunfal que tardé un instante en darme cuenta de que acababa de decir «cis».

–¿Y por qué no? Hemos tenido tres géneros durante siglos, antes incluso de que vuestro dios naciera.

–Pero mi diosa eres tú –le recordé.

–Pensaba que era tu diablo.

–¿Y qué diferencia hay?

*Race* y sexo. Siempre que Kali y yo hablábamos, era sobre *race* y sobre sexo. O sea (y a falta de una traducción correcta o cuando menos alguna que no nos empuje directamente a abismos inescrutables), sobre mi relación con Alemania e India, mis dos no patrias (*remember*: Wonder-lo-que-sea mestiza), y sobre... sexo. Este blog consiste sobre todo en transcripciones de nuestras conversaciones. Si seguís leyéndolo el tiempo suficiente, en algún momento os revelaré por qué hablo constantemente con una diosa.

Me llamo Nivedita Anand. Podéis llamarme IDENTITTI.

# Strange Fruit

## 1

El día en que el infierno abrió sus fauces y escupió furias aulladoras empezó como un día cualquiera, si un día cualquiera empieza con un cohete.

«No es un cohete, es un satélite», leyó Nivedita, o al menos así interpretó el whatsapp de su prima Priti. Lo que Priti había escrito en realidad era: «NOsssun coete, sunSATELIT!!!» y luego un emoji que parecía un manojito de espárragos. Nivedita observó las diecinueve plantas de hormigón del edificio de la Deutschlandfunk en precario equilibrio sobre una base diminuta, que guardaba con el resto de la sede de la radio la misma relación que la llama en las

representaciones gráficas del principio de acción y reacción en los misiles, y respondió: «¡Es claramente un cohete!».

En la parte de arriba del edificio, allí donde el Saturno V llevaba la nave Apolo, los puntales de hierro formaban una pirámide que señalaba hacia el cielo gris metálico, y Nivedita se sintió majestuosa y diminuta al mismo tiempo delante de aquella nave de hormigón sobre cuya entrada se leía en letras azules: «Las noticias».

«Imagina que eres una terrorista que ya ha matado a varias personas –le aconsejó el siguiente mensaje de Priti con una colección aún más imaginativa de letras–, o que eres una terrorista que ya ha fingido que ha matado a mogollón de personas. Así, esto será una tontería». Y un par de segundos después: «Un pequeño paso *for you*, un gran paso *for humankind ROFL LMAO*».

Las puertas de cristal se deslizaron en silencio ante Nivedita, que entró en el sagrado recinto de la Deutschlandfunk. Olía a cera de vela y a cuero sintético, a una mezcla de oficina de Hacienda y de los servicios secretos, en caso de que la oficina federal de inteligencia oliera al aspecto que tenían las películas de James Bond. A través del cristal solo había visto el traje del portero y se asustó cuando este levantó la cabeza, porque no era mayor que ella. Sin embargo, su uniformito negro lo convertía en miembro de otra generación, que funcionaba a un ritmo distinto, a no ser que él se quitara su chaqueta formal o Nivedita su mezcla de estilo serio y chic radical. Para quien no conociera el código, eso significaba que esa mañana se había recogido la larga cabellera negra en una trenza diadema, que desde entonces había ido deshaciendo mechón a mechón en un gesto de protesta mudo pero decidido.

–Vengo a una entrevista sobre mi blog –dijo pronunciando la frase que había memorizado durante el trayecto en tren.

–¿Dónde? –replicó crípticamente el portero.

–Eh... ¿aquí?

La miró con gesto paternal.

–No, me refiero al nombre de la redacción.

Durante un instante, Nivedita olvidó hasta su propio nombre. Se sentía como una cremallera mal cerrada: trabada y desplazada. Entonces sonó el timbre del teléfono fijo azul oscuro del mostrador y la salvó.

–Nivedita Anand –dijo ella en el mismo instante en que él colgaba y anunciaba:

–Ahora vienen a buscarla.

Hizo lo que hacía siempre que no se sentía a la altura de la situación: ir al baño. No porque ansiara un metro cuadrado de privacidad, sino para mirarse al espejo y comprobar que seguía allí. En el vidrio esmerilado de la puerta del baño ponía: «Mujer [lat. *mulier*, id.], persona adulta de sexo femenino. La definición característica de la m. varía en función del espacio geog., la época hist., así como la sociedad y la cultura».

–¿Has entrado ya? –preguntó Priti.

–Sí –murmuró Nivedita.

–¿Entonces por qué coges el teléfono?

Las conversaciones con Priti siempre seguían las normas de Priti; seguro que enseguida se acordaría de que tenía algo más importante que hacer que charlar con Nivedita, a pesar de haber sido ella quien había llamado. Sobre todo cuando había sido ella. Por eso Nivedita no se esforzó en dar explicaciones y se limitó a decir:

–Tendrías que ver el baño de este sitio, parece una asignatura de introducción a la Filología.

–¡Ese es el espíritu! –asintió resuelta Priti–. Tú siéntete superior al váter y así... *wait...! Something's come up, Niv.*

Cuando Priti estaba a buenas con Nivedita, la llamaba Niv, pronunciado como el nombre de pila irlandés Niamh, o sea, «Nif». Priti era de Birmingham y le gustaba, no porque en Birmingham estuviera en contacto con muchas chicas irlandesas, sino porque así podía subrayar la diferencia. «¡Como si alguien se atreviera a dudar de que

Priti era Distinta, con mayúscula!». Mientras su prima la agraciara con la varita mágica de su aprobación, Nivedita también se sentía interesante y no rara. Solo que el humor de Priti podía cambiar en cualquier momento y cuando se sentía menos generosa la llamaba Nivea, como la marca de crema *blanca* que provocaba escándalos constantes con su publicidad racista.

–*Shit!*

–¿Priti?

–*Gotta go*. ¡Te llamo luego!

Nivedita tocó el icono del auricular rojo y se miró intensamente a los ojos sin averiguar nada. Deseó con todas sus fuerzas poder verse desde fuera, como la veían los demás. Pero eso era precisamente lo que no podía hacer. Ni siquiera podía verse como se veía a sí misma. Pero sí podía emborronarse el lápiz de kajal para dibujarse unas ojeras intelectuales, así que eso hizo.

Al otro lado de la puerta esmerilada la esperaba una mujer pequeña acompañada de un perro grande, y le dijo:

–Bienvenida a Deutschlandfunk Nova, soy Verena. ¿Puedo llamarte Identitti?

A Verena se le formaban unos hoyuelos perfectos al sonreír y Nivedita imaginó inmediatamente cómo sería follar con ella. Luego imaginó cómo sería follar con el perro, pero perdió el interés en el acto y retomó la primera idea. La escalera, al igual que el baño, le recordó a la universidad –fusión de brutalismo con estilo aparcamiento– y por un instante se sintió como Freida Pinto en *Slumdog Millionaire*, hasta que se vio en el reflejo de una ventana y se dio cuenta de que el efecto del kajal no era de *smokey eyes*, sino que daba la impresión de haber llorado en el baño.

En el estudio, Verena le pasó unos auriculares absurdamente grandes. El perro se tumbó con dificultad en un rincón mientras clavaba en la invitada la mirada melancólica de sus ojos marrones, como si quisiera mostrarse compasivo con el conjunto de la especie humana.

–Esa es Mona –se la presentó Verena, y Nivedita rectificó: «mostrarse compasiva».

–Hola, Mona –saludó, entonces Mona se levantó y se le acercó para dejarse acariciar impasible.

En la consola, un semáforo daba señales contraintuitivas.

Luz verde: esperar.

Luz roja: ¡grabando!

Verena se acercó el micrófono y comenzó:

–¿De dónde eres? Esta pregunta provoca intensos debates. ¿Es racismo o simple interés? ¿Ya no podemos decir nada? ¿Qué es lo que no podemos decir de ninguna de las maneras? ¿Y qué nos dice todo eso? Tenemos en el estudio a la bloguera Nivedita Anand que, según *Missy Magazine*, es una de las PoC a las que hay que conocer. Nivedita, antes de responder a todas nuestras preguntas, ¿puedes explicarnos la expresión «PoC» sin usar las palabras «*people*», «*of*» y «*colour*»?

Nivedita miró a Verena como si hubiera dicho: ¿puedes respirar sin coger aire? O ¿puedes estar con tu madre sin gritarle por algún asunto completamente irrelevante? O ¿puedes pensar en la India sin marearte por el vacío que se abre ante ti? Entonces se oyó a sí misma responder:

–PoC son las personas a las que se les pregunta: ¿de dónde eres?

–¿Y de dónde eres tú, Nivedita?

Verena y sus hoyuelos estaban empezando a tocarle las narices. Sabía que la pregunta pretendía ser una broma. Provocando se conseguía buen material. Pero no podía devolvérsela, así que respondió a la defensiva:

–De internet. Vivo en internet.

Pero esa parecía ser exactamente la respuesta que esperaba Verena:

–Bajo el nombre de Identitti, Nivedita bloguea sobre política identitaria y...

–Pechos –intervino Nivedita. «Donde las dan, las toman».

–¿Más sobre pechos o más sobre política identitaria? –prosiguió feliz Verena. Y el sol de su entusiasmo terminó por disolver las reticencias de Nivedita.

–No solo sobre pechos, también escribo sobre... ¿Puedo decir «vulva» en la radio?

–Dejémoslo en pechos.

–Vale. –Nivedita se preguntó cómo serían los pechos de Verena, pero enseguida volvió a concentrarse en... los suyos-. Todo empezó cuando publiqué una foto de mis pechos sobre los que había escrito con kaja: «Para mostrar su lealtad, los vasallos de la Irlanda celta succionaban los pezones del rey».

Los hoyuelos de Verena centellearon en señal de aprobación.

–¿En serio?

–No tengo ni idea. Mi prima Priti lo había oído en un concurso de la tele y la succión de pechos como actividad social me pareció un concepto maravilloso. Pero enseguida recibí un largo comentario de no sé qué catedrático diciendo que esa historia solo aparece en la saga... –Nivedita se miró el antebrazo, donde se había apuntado los nombres y datos más importantes– de Fergus mac Léite, del siglo VIII, y que era un chiste, pero que cómo iba a pillar yo una broma si cursaba estudios de género. Le respondí: «¡No son Estudios de Género sino Poscoloniales!». Y el pesado del profesor contestó: «La única otra fuente es san Patricio, que asegura haberse negado a succionar los pezones del rey pagano. San Patricio hablando de paganos es tan fiable como Donald Trump hablando de musulmanes. ¡Con tanto género poscolonial, ya debería saberlo!». Antes de que pudiera escribir nada más, Facebook me cerró la cuenta. ¡Por los pezones! Pero para entonces la imagen ya se había compartido tanto que estaba claro que tenía que seguir. Llamo a mis publicaciones «blog» porque me gusta que suene retro, como... CD... o coche en propiedad... o matrimonio civil, pero en realidad mi página web

no es más que un archivo de hilos y rants y posts y stories y comentarios, porque por lo visto la gente quiere leerlos todos seguidos como si fueran una historia, porque es que somos algo más que comentarios diseminados sobre política identitaria.

Nivedita sintió que los pezones se le endurecían bajo la camiseta, como si quisieran decir: «Todo eso nos lo debes a nosotros, ¿contenta?».

—Fantástico —asintió Verena dándoles la razón—. ¿Fue así como nació el nombre de Identitti?

—Qué va, al principio mi blog se llamaba «50 sombras de beis», por mi color de piel, que es beis.

—¿Y por qué no marrón?

—Decir marrón es racista.

—¿En serio? —Los hoyuelos de Verena desaparecieron espantados.

—No tengo ni idea. Precisamente de eso se trata, de que no tenemos lenguaje para personas como nosotras. Al fin y al cabo hasta hace poco estábamos prohibidas.

—¿Prohibidas?

—Prohibidas —confirmó Nivedita. Siendo del todo sincera, el verdadero nacimiento de su personaje había sido la presentación que había dado en la universidad sobre las distintas leyes de «mestizaje» o, mejor dicho, sobre las leyes que prohibían el «mestizaje». Por muy fascinantes que fueran los pechos, jamás habrían inspirado ese torrente continuo de indignación que se coagulaba en palabras. En cualquier caso, todo había surgido del sexo. Sexo legal, sexo ilegal y sexo tan impensable que hacía explotar las cabezas de los legisladores—. Los nacionalsocialistas no fueron los únicos que intentaron impedir lo que se conoce como mestizaje. En Estados Unidos, los *blancos* y no *blancos* solo pueden casarse desde... —Volvió a mirarse el brazo—. Desde 1967, y en Sudáfrica, desde 1985. Y cuando mi madre se quedó embarazada aquí, en Alemania, el médico todavía



la advirtió de que los «mestizos» tenían cierta tendencia a la depresión. Pero cuando se lo contó a Simon, mi... –apenas titubeó– novio, simplemente dijo: «Tú siempre con tu *identitti*». Y al final se acabó asentando.

Al oír la palabra clave «sentar», Mona desentrelazó sus largas patas, pero un gesto de Verena la hizo volver a tumbarse.

–Escribes bajo dos seudónimos: *Identitti* y *Wonderwoman* mestiza. Uno de tus superpoderes, que aparecen constantemente, es el de hablar con dioses, al menos con una: Kali, la diosa hindú de la destrucción. La mayoría de los textos son conversaciones con ella. ¿Por qué?

Verena bien podría haberle pedido que se sumergiera en las profundidades de su alma y sacara de allí el huevo de las certezas definitivas. Pero aunque eso hubiera sido posible, el silencio de Nivedita habría sido el mismo, porque en realidad no había huevo alguno, como mucho cáscaras y un líquido que quizá más adelante se convirtiera en una criatura con plumas. Uno de los atributos de Kali eran las plumas, pero Kali poseía tantos atributos que Nivedita había renunciado hacía mucho tiempo a conocerlos todos. Verena la miraba expectante. ¿Cuánto tiempo había pasado? Así que Nivedita respondió rápidamente:

–Con alguien tengo que hablar de estas cosas. La mayoría de la gente no tiene ni la más remota idea sobre el tema. De hecho, yo tampoco. Por eso necesito a alguien que me lo explique.

Pero en realidad a Verena no le interesaba Kali, solo la necesitaba como puente para su verdadera pregunta:

–De una diosa a otra: de Kali a Saraswati. Pero no Sarásvati, la diosa hindú de la sabiduría, sino Saraswati, tu profesora de Estudios Interculturales y Teoría Poscolonial en la Universidad Heinrich Heine de Düsseldorf.

Nivedita sintió que el corazón le palpitaba con fuerza.

–Exacto, Saraswati.

Priti, también alumna suya, solía llamarla «Carismati Saraswati», aunque la ironía era fingida porque ni siquiera ella era inmune a los encantos y la inteligencia absoluta de la profesora.

—¿Y por qué es solo Saraswati? ¿No tiene apellido?

Nivedita se encogió de hombros y los auriculares se le fueron escurriendo lenta pero inevitablemente de la cabeza hasta colgarle del cuello.

—Beyoncé tampoco necesita apellido —dijo, e intentó recolocarse los auriculares haciendo el menor ruido posible—. Ni... la reina de Inglaterra.

—Pero las dos lo tienen.

—Cierto, Knowles y... ¿Habsburgo?

—Windsor —corrigió Verena.

—Pues eso. Seguro que Saraswati también tiene apellido, pero no lo necesita porque es Saraswati, y todo el mundo sabe inmediatamente a quién te refieres.

—¡Eso es verdad!

Nivedita observó fascinada a Verena levantar un folio sin que crujiera y leer:

—En 1999, Saraswati publicó su primer libro, *Decolonize your Soul*, que enseguida se convirtió en un superventas y más adelante le mereció el puesto de profesora en Düsseldorf. Pero sus obras no solo se leen en la universidad. Saraswati es cultura pop. Tanto es así, que tituló su segundo libro *Poscolonialismo pop*. Y, como sucede con las grandes estrellas, siempre genera intensos debates, sobre todo en las redes sociales.

Nivedita volvió a encogerse de hombros, pero esta vez sujetó los auriculares a tiempo.

—Hoy en día no se puede tomar en serio a ningún personaje intelectual al que no hayan linchado en internet. —Y quien conocía a Saraswati no podía por menos que tomarla en serio. Simon, el «compañero» de Nivedita (a falta de una denominación mejor),

siempre decía: «Priti posee una brújula innata para el poder, por eso su aguja interna apunta firme hacia Saraswati». Tan firme como la atracción de Nivedita por la promesa de Saraswati de salvar su alma, *Decolonize your Soul*. Exactamente eso era lo que intentaba Nivedita desde que había empezado a estudiar con Saraswati tres años atrás.

—Pero el fenómeno Saraswati no se limita a los comentarios normales en la red. En la universidad también la acusan regularmente de racismo. Ha recibido incluso una demanda judicial por cómo trata a los estudiantes *blancos* —objetó Verena.

—La gente que acusa a Saraswati de racista... —Nivedita coqueteó con la idea de decir: «debería succionarse sus propios pezones», pero finalmente se decidió por—: Simplemente no la entiende. Sobre todo no entienden lo que significa para ella la *blanquitud*. —En menos de veinticuatro horas, Nivedita deseaba no haber pronunciado esa frase.

—Precisamente de eso trata su polémico artículo «*White Guilt*. Por qué nadie quiere ser blanco» —leyó Verena de otro folio silencioso—. Se publicó el mes pasado al mismo tiempo en el *Times Literary Supplement* y en las ediciones alemana y francesa de *Lettre International*. El *TLS* lo presenta con la frase «Un texto esencial en una época en la que la expresión “hombres mayores blancos” se ha convertido en un insulto». ¿Es verdad que ya nadie quiere ser *blanco*?

—Yo no, desde luego —mintió Nivedita, que durante la mitad de su vida lo había deseado más que ninguna otra cosa; y durante la otra mitad, ser más oscura de lo que era. Lo que fuera menos ese híbrido que escapaba a cualquier sistema o categoría, tan difícil de captar que hasta el tono de piel llevaba el nombre de un líquido: coñac.

—¿Por qué no?

¿Por dónde podía empezar?

—Es por la historia del término. Hasta el siglo xvii no existía lo *blanco* salvo para describir las nubes o... —Con las prisas, lo único

que se le ocurrió a Nivedita fue—: Las ovejas. Entonces empezó el tráfico transatlántico de esclavos, que los europeos naturalmente tenían que justificar de algún modo; no se puede ir sin más a secuestrar y vender personas. Por eso declararon que la raza *blanca* era superior. Y para eso primero tuvieron que inventarse esa raza *blanca*. —Nivedita no se había limitado a leer *White Guilt*; como todos los textos de Saraswati, lo había interiorizado como una biblia—. Antes de eso, los europeos no se identificaban como *blancos*, sino en función de la parte de Europa de la que eran, o de su idioma. ¿A qué me estoy refiriendo?

—Supremacismo *blanco*.

—Exacto. —Solo que en clase utilizaban el préstamo inglés: *white supremacy*. El supremacismo podía considerarse el pecado original de los Estudios Poscoloniales, el epicentro del terremoto, cuyas sacudidas aún se sentían—. Estas razones históricas hacen que el concepto de lo *blanco* no pueda separarse de la supremacía *blanca*. Lo *blanco* nunca ha tenido otro significado. Por eso las personas *blancas* solo pueden aludir a su *blanquitud* a través de las gafas del dominio *blanco*, no tienen una cultura o una música *blancas* especiales porque para ellas todo es *blanco*, como en una tormenta de nieve. Los negros siguen discriminados, ¡sin duda!, pero la negritud también la relacionamos con ideas como la revolución, la subversión y el *black power*. De la *blanquitud*, en cambio, no hay percepciones progresistas. De eso concluye Saraswati que la *blanquitud* también limita a los *blancos*. —Por un instante, Nivedita se sintió tan próxima a su profesora que le pareció notar la sempiterna dupatta de Saraswati sobre sus propios hombros, y los nervios tirantes bajo las clavículas debido a la permanente pose de bailarina de ballet con los hombros muy abiertos y la cabeza completamente erguida. Saraswati le había dicho en una ocasión: «A ti te duele el cuello por detrás, a mí, por delante». Así que Nivedita irguió la cabeza y examinó a Verena con los párpados caídos.

—¿Y tú? ¿Sientes que tu *blanquitud* te limita?

Verena le devolvió una mirada desnuda, vulnerable, y Nivedita pensó: «O sea que así es como lo hace Saraswati».

## 2

En el camino de vuelta a la estación de tren de Colonia, Nivedita se preguntó si simplemente se habría imaginado el momento. Después, Verena había llevado la conversación de nuevo a la eterna pregunta «¿de dónde eres?» y Nivedita se había metido en su papel de comediante —«Dediqué un mes a transcribir conversaciones en las que la gente me preguntaba: “¿De dónde eres?”. De Essen. “No, pero ¿de dónde eres de verdad?”. De Essen-Frillendorf. “No, pero ¿de dónde vienes en realidad?”. ¿De la tripa de mi madre? “No, a ver, ¿por qué eres marrón?”—, pero el momento álgido de la entrevista había sido sin duda cuando Nivedita había roto las reglas, había intercambiado los papeles y le había replanteado la pregunta a Verena.

En cuanto se bajó del autobús y el aire cargado la envolvió como si la tormenta que habían anunciado no fuera a llegar nunca, intentó llamar a Simon. En algún sitio había leído que los buses eran jaulas de Faraday y por eso siempre imaginaba que la radiación del móvil rebotaba en la carrocería de acero una y otra vez hasta llenar el espacio como un garabato hecho con lápiz, y que los pasajeros desaparecían tras una nube gris de electricidad estática. Como las dos veces anteriores, saltó el contestador de Simon: «Gracias por su llamada. Por favor deje un mensaje después de la señal y le llamaré lo antes posible». Solo que no llamaba lo antes posible.

Nivedita entró en el Museo Ludwig para utilizar el wifi gratis, le gustaba el wifi ajeno, era muy democrático, y subió a Instagram y a su blog una foto de un gatito muy mono que había encontrado en la red durante el trayecto de ida.

**IDENTITTI:**

Cada vez que piensas algo racista,

Dios mata un gatito.

Pero no te preocupes:

¡es un gatito extranjero!

Le habría gustado hacer un montaje con la mano de Maradona sobre la cabecita mullida del gato como si fuera la mano de Dios, pero al final tuvo dudas con el copyright y se decidió por la mano de Simon. Pronto descubriría que Simon también tenía derechos de autor sobre Dios.

—¿Por qué no me lo has cogido? —gritó Nivedita mientras su tren entraba en la estación de Düsseldorf.

—Bueno, te lo he cogido ahora —respondió Simon con esa voz que siempre la sacaba de quicio. Sus explicaciones quedaron eclipsadas por la voz del revisor, que enumeró todas las conexiones imaginables para todas las líneas imaginables. Las puertas hicieron mucho ruido al abrirse, en el andén había aún más estruendo, y cuando por fin volvió a entender a Simon, estaba diciendo:

—Tenía el móvil en silencio. —Como si su móvil estuviera por encima de lo que la rodeaba.

—¡Pero habíamos quedado hace tres horas en Colonia!

—Estaba preparando mi reunión con Compact y me he distraído.

Nivedita sintió una oleada de envidia por lo satisfecho que estaba Simon consigo mismo. La respuesta se tradujo en su cerebro por «he estudiado Derecho y algún día salvaré a la humanidad; es más importante que las poquitas almas que salvas tú», o en menos palabras aún: «Soy más importante para ti que tú para mí».

—¡Pero es que he salido en la radio! —aulló.

—Ajá —dijo Simon.

Nivedita notó que pasaba de estar dolida a estar irritada.

—¿Qué?

Silencio.

—¿¡¿QUÉ?!?

Un joven con un carrito de la compra hecho con lonas de camión la escudriñó con la mirada, pero por lo visto no había ningún problema con que gritara mientras llevara la mano pegada a la oreja.

—Lo que oigo es que necesitas un montón de atención —dijo Simon con voz monótona.

—Vale, ¡PUES ENTONCES DÁMELA!

—¿Dónde has aprendido que la gente se porta especialmente bien contigo si le gritas?

«Tu amante no lleva nada bien tu éxito», diría más tarde Pri-ti; aquel era su diagnóstico estándar para los conflictos de pareja. Nivedita, en cambio, estaba tan traumatizada por que la gente le dijera constantemente quién era y qué pensaba y por qué le gustaba comer arroz, que nunca era capaz de reconocer las motivaciones que pudieran tener los demás.

«Por favor, pregúntame qué tal ha ido», pensó tan fuerte como pudo. Pero Simon estaba ocupando siendo Simon. Le estaba entrando otra llamada. Nivedita ignoró el pitido en el oído y la llovizna templada que le caía como un hálito sobre la parte de la cara que no estaba cubierta por el teléfono, mientras salía a la plaza Bertha von Suttner y descandaba la bicicleta. Simon seguía sin decir nada. Un trueno apocado carraspeó tras las nubes y luego también enmudeció.

—¿Has visto mi último post? —preguntó por fin para retomar cualquier forma de contacto. Y aunque parezca increíble, eso lo empeoró todo.

Era esa hora del día en que, al encender la luz, la habitación quedaba aún más oscura. Nivedita abrió de golpe la puerta del piso compartido en el que vivía y gritó «he vuelto» hacia las estancias

vacías, que se tragaron su voz como antes las paredes insonorizadas del estudio de radio, solo que aquí no la esperaba ninguna Verena jovial con su melancólica perra Mona. Un vistazo al cuarto situado junto a la cocina le confirmó que su primera compañera no estaba. Otro tras la puerta con el mandala, que su segunda compañera tampoco. Nivedita fue apartando los envases de cartón reblandecido y los frascos con etiquetas ilegibles de la nevera hasta encontrar unos restos de queso que ralló sobre una triste galleta antes de darse cuenta de que no tenía hambre. Su bolso comenzó a vibrar sobre la mesa de la cocina. Intentó ignorar el móvil para demostrarle a Simon que no estaba esperando su llamada. Sin embargo, como lo creía capaz de colgar sin más y no volver a intentarlo, respondió a una velocidad alarmante. La voz sonó apropiadamente compungida al otro lado de la línea. Con la única pega de que no era la de Simon.

—¿Nivi? —sollozó Priti.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Nivedita asustada.

Priti la interrumpió:

—¿Nivi?

—Estoy aquí. ¿Qué pasa?

—¿Nivi? —dijo Priti por tercera vez, y Nivedita decidió que a la cuarta se pondría a gritar. Sujetó el móvil entre la oreja y el hombro, cogió el bolso y un vaso de agua, y con el codo se abrió camino hasta su cuarto.

—Sí, sí, sí. Soy Nivedita. Y ahora que ya lo tenemos claro...

Priti volvió a interrumpirla, pero esta vez con las cuatro palabras con las que habían comenzado todas las conversaciones de crisis que habían tenido hasta entonces.

—Conocí a *this boy*...

Solo que *boy* no era realmente la palabra adecuada, ya que el hermano de Saraswati estaba más cerca de la jubilación que de la pubertad. «*Old but gold*».



–¿El qué de Saraswati? –gritó Nivedita, y casi derramó el agua sobre las camisetas que había dejado sobre la cama después de probarlas esa mañana.

–Su hermano, ¿no me estás escuchando?

–¿¿Su hermano??

–Correcto.

–¿¿El hermano de Saraswati??

–También correcto –contestó Priti, casi olvidándose de llorar.

–¿Y lo de *gold*...?

–Ya sabes, ¡en la cama!

–No, no lo sé, ¡ni siquiera sabía que Saraswati tenía un hermano!  
¡Y mucho menos lo bueno o malo que es en la cama!

–*Sure*, tú solo quieres meterte en las bragas de Saraswati –replicó Priti sorbiéndose la nariz.

–Muy gracioso, ja, ja. Pero ¡¿cómo que el hermano de Saraswati!?!

Más adelante Nivedita lograría reconstruir la historia a partir de los relatos inconexos de Priti, que quizá, pero solo quizá, se correspondieran con la realidad. A Priti le gustaban las mujeres jóvenes, los hombres mayores y las personas trans de cualquier edad, cuanto más controvertido, más sexi, y naturalmente el hermano de Saraswati era... controvertido al cubo. Acostarse con alguien así, con él, con ese hermano, era como acostarse con Saraswati y al mismo tiempo hacerle un calvo ya que, según Priti, Saraswati y su hermano llevaban «treinta años sin hablarse». Hasta tal punto que Saraswati ni siquiera le había avisado de que «había cambiado de nombre».

Y...

–... de color.

Nivedita pensaba que había tocado fondo para lo que quedaba de día y que, en el peor de los casos, seguiría como estaba. Pero se equivocaba.

–¿¡Que cambió de qué!?  
–Pues eso, de color de piel.

### 3

Nivedita tuvo la sensación de tardar una eternidad en encontrar el portátil debajo de las camisetas. Cuando la luz azul de la pantalla se derramó sobre la colcha como si fuera leche, se equivocó una y otra vez al teclear la contraseña («*milk*») y luego, ignorando el tintineo histérico de los mensajes entrantes, buscó «Saraswati» y «blanca» con el filtro «últimas 24 horas». Vale. Ay, Kali. Vale, OCHENTA Y CUATRO MIL resultados, y cada uno de ellos era como un puñetazo sobre un punto neurálgico de su cuerpo.

El estómago: «Escándalo en torno a la catedrática estrella del poscolonialismo» (*Huffington Post*, tres horas antes).

Las sienes: «Catedrática consigue el puesto mediante falsedades» (*Spiegel Online*, una hora antes).

El plexo solar: «Falsa gurú en la universidad de Düsseldorf» (*taz*, cuarenta y cuatro minutos antes).

A Nivedita le sobrevinieron mil y una preguntas, pero estaba tan atónita que no podía plantearse ni una sola de ellas. En lugar de eso, se oyó a sí misma decir con voz aguda e irregular, como si hubiera inhalado helio:

–No me creo ni una palabra.

–También hay imágenes –informó Priti con la voz ahogada por las lágrimas, como si se estuviera hundiendo en un cenagal.

–¿Cómo?

–Pues eso, fotos de Saraswati de cuando... de antes de transformarse.

Pero Nivedita ya las había encontrado. Pinchó al tuntún sobre la primera imagen y se arrepintió en el acto. Saraswati parecía haberse fusionado con Madonna durante su fase de ambición rubia:

las puntas del sujetador asomaban tan agresivamente a través de la chaqueta (una chaqueta que por aquel entonces seguro que aún se consideraba una «chaqueta de caballero») que cualquiera que pasara por allí corría el riesgo de que le sacara un ojo o el corazón; la única diferencia era que sus eróticos rizos peinados con gel no eran rubio platino, sino rubio ceniza. En la siguiente foto tenía una mochila gigante apoyada sobre las piernas *blancas*, que a su vez estaban apoyadas sobre el mostrador de Air India de un aeropuerto alemán («Es un montaje. En esa época jamás me habría podido permitir volar con Air India –le explicaría más adelante Saraswati–. Volé con Emirates»); en la siguiente era una chica de diecisiete años en un salón del sur de Alemania, con piano y tresillo, desde el cual su joven hermano («¿Con ESE te has acostado?») intentaba llamar su atención. Pero Saraswati, o mejor dicho, la mujer que algún día sería Saraswati, tenía la mirada clavada en algún punto más allá de la cámara y los labios haciendo morritos, como si acabara de decir «Foucault».